
POEMAS

LEOPOLDO AZANCOT

Mancha de oro
sobre la púrpura de estos ojos,
pájaros en llamas
pájaros del balanceo y del ominoso crujido
con que la rama
y el árbol todo de tu presencia hostil
los rechaza —me rechaza—
ahora y luego
y siempre;
mancha que de repente se agranda
y es de nube
o la noche
sobre la ciudad inerme:
¡tu sombra,
tu sombra,
David!
Ya todos duermen.
Pero ella avanza.
Con plumas, rosa y esmeralda,
de mis prietos labios, que sangran,
se alza en vuelo el grito.

II

En adontras en la noche
como el murciélago:
sin rozar la porcelana desteñida
del azul crepuscular.
En vuelo sin rumores,
sin meta,
que desplaza el horizonte
hacia el equinoccio mismo
de la negrura —o de su ausencia—
total.
¡Alma mía!
El centro de la esfera mágica
no desplaza contigo;
la ilimitada ascensión,
el descenso vertiginoso,
configuran una jaula
que, como tu canto irrisorio,
lleno las dimensiones mismas
del abismo donde te sumes
y yo—
sin una queja.

III

Surge con el sol que se pone
y la noche lo anula.
Siempre a tus espaldas,
se insinúa en la húmeda plata
esquiva de los espejos,
en el acero dormido del casco y del escudo
sobre la hierba, en las espadas,
entre los caídos párpados y furtivos sueños
del caballo,
restituyéndote, si los contemplas,
ese esplendor primero y ajeno
—la temblorosa mirada marina
y los fulgores marchitos,
en tu sonrisa, del ocaso—
que presentías bajo la vehemencia carnal
de la muchacha con arreboles
en la tiniebla compartida.
Vuelve, pues, la cabeza. Desoye los címbalos
con que la brisa convoca nubes y pájaros
bajo el mármol vetado de rojo
del cielo crepuscular:
el castillo, tu meta, se alza ante ti.
Enhiesto, aureolado por tus cabellos donde el bronce
se esmalta con el verde sumiso de las hojas prendidas,
obsérvalo, mira sus almenas y sus torres
que el viento, bandada de halcones,
sobrevuela, y déjalo fundirse,
oro sobre oro, en el incendio con trompetas
de la tarde y las cenizas.
¡Retente!
La gloria de sus llamas te aniquilaría.

